



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1734

Del académico de número don Daniel Antoniotti, acerca de

PEREJIL

Señora Vicepresidente:

En la edición del diario *La Nación* del 9 de junio de 1985, en un recuadro que completaba la información referida al juicio que se les realizaba por aquella época a los excomandantes de las juntas militares de la última dictadura militar, con el título de “Una jerga que ya está en uso”, entre otras varias voces se definía al *perejil* como “militante de superficie de las organizaciones clandestinas, llamado así porque dada su escasa importancia en los ‘cuadros’, era el primero en «sacar la cabeza» (y por lo tanto en caer)”.

El adverbio de tiempo *ya* colocado en el título de la nota (“[...] *ya* está en uso”) indica la relativa actualidad para esa época (1985) de ese término, por lo menos aplicado a ese militante o activista de poca monta en la estructura de la organización.

Sin embargo, unos diez años antes, Fernando Casullo, en su *Diccionario de voces lunfardas y vulgares* (1976), entiende que *perejil* es un sinónimo de ‘gil’, ‘otario’, sin que medien connotaciones políticas en la caracterización de este autor, y agrega que se trata de una “voz anticuada”, por lo que puede ser que el fenómeno de la militancia política clandestina y, concretamente, la guerrilla, lo ubicaran nuevamente en circulación, tal vez con un significado más específico de esa actividad.

Gobello no incluye la palabra *perejil* en su diccionario de 1975, pero sí en el *Nuevo Diccionario Lunfardo* de 1991. Resultan copiosas las acepciones que registra la mentada locución en el *Diccionario del hampa y del delito* (1985) de Raúl Tomás Escobar y esto no me parece casual. Ese autor era docente de varias escuelas policiales y penitenciarias. En la obra de marras, desgana un rosario de seis definiciones para *perejil*:

- Persona de escaso o bajo nivel en el partido.
- Quien colabora con cualquier grupo clandestino, sin ser completamente consciente de ello.
- Gil y otario.
- Individuo sin poder de decisión, sin mando, intervención o influencia en las resoluciones.
- Tonto.
- Sin importancia en la organización que integra. Novato.

El *Diccionario del habla de los argentinos* de la Academia Argentina de Letras recorre significaciones semejantes, con una precisión digna de atender: “Dentro de una organización, particularmente delictiva, miembro de poca importancia al que se le suelen asignar tareas riesgosas”.

Sabido es que la “poca importancia” del *perejil*, en su acepción castellana de planta comestible, deviene porque en algún tiempo fue tan barato que el verdulero se lo daba de yapa a los buenos clientes. Este bajo costo, tal vez, y según la poca información botánica que pude recabar, se debe a que es una planta que puede crecer en forma espontánea, cuando una semilla accidentalmente cae sobre la tierra. De allí a la connotación de insignificancia hay un paso corto y previsible.

Por eso lo de *estar tirado como el perejil*, que equivale a *estar en la palmera*, seco, porque nadie da un mango por algo de escasísimo valor.

Frente a una acción delictiva de envergadura, si es detenido alguien que tuvo una intervención marginal, un partícipe secundario, como dicen los penalistas (por ejemplo: el que solamente ayudó a esconder el cadáver fruto de un homicidio, el que guardó el dinero del banco que robaron otros, el que tan solo se llevó consigo las armas que usaron los protagonistas del hecho delictual, el que figuró como prestanombre del gran estafador), pero no el autor material o intelectual de la acción ilícita, se dice, entonces, que estamos ante un perejil. Especialmente si es detenido y le quieren adjudicar el cien por cien de la conducta criminosa.

Oscar Conde, en su *Diccionario etimológico del lunfardo*, busca el origen de *perejil* en un juego paronomástico con *gil*. Resulta por demás plausible que esta semejanza fonética reforzara la condición de “poca cosa”, por la baratura de esa plantita capaz de crecer en cualquier lado, sin que alguien la siembre.

Entre los usos informales para este vocablo que da el Diccionario de la Real Academia, y que seguramente circulan en el español peninsular, encontramos primero el de ‘adorno o compostura excesiva, especialmente la que usan las mujeres en los vestidos y tocados’ y, en segundo lugar, ‘títulos o signos de dignidad o empleos que, juntos con uno más principal, condecoran a un sujeto’.

Valga destacar que, en el argot de España, *perejil* se le dice a la marihuana y a los miembros de la Guardia Civil, conforme la data que brinda el *Diccionario ejemplificado del argot* de Ciriaco Ruiz, editado por la Universidad de Salamanca.

Lo que he podido rastrear en la letrística de la canción popular actual despoja a *perejil* de toda connotación política y también delincencial. Simplemente, el *perejil* de estos versos es efectivamente un gil o un otario que no se percató de distintas circunstancias de la vida que lo dejaron, o lo dejarán, mal parado. Así en “Che, tango, che”, de Horacio Ferrer (y Astor Piazzolla, cuándo no), se desliza esta imprecación hacia el género musical porteño:

Che, tango, che,
que me afaná
la ropa, el éxito y la fe,
che, tango, che.

Por vos, después,
cual perejil,
de gil en gil yiré y palmé,
che, tango, che.

En una canción del repertorio rockero de Los Caballeros de la Quema, “No chamuyés”, a manera de reproche a un triunfador del momento, que no prevé que las cosas se le pueden dar vuelta, se le advierte:

Che, varón, atendé...
que nada es gratis
en este puchero.
Mucha nait perejil.
Pero seguís escupiéndole al viento.
No chamuyés, no chamuyés.

Otro grupo de este mismo género, La Yumba Rock, en el tema “Jake mate turra” retoma la consabida pena tanguera del desencanto producido por las malas artes de una mujer:

Turra,
siempre fuiste una turra
lo dijeron los muchachos
y yo no quise escuchar.

Turra,
siempre fuiste una turra,
y yo fui un perejil
que jugó a enamorar.

Estos ejemplos acreditan un uso relativamente contemporáneo de la palabra, en el que pareciera que la acepción de *perejil* discurre como una variante más para referirse a cierta forma de candor que se demuestra ante las más diversas circunstancias de la existencia: ante el amor, ante la política, ante los negocios, ante empresas de baja estofa y hasta en algunas relativamente idealizadas. Candor que acompaña al ser humano desde su origen y que seguramente lo seguirá acompañando hasta el fin de los tiempos, porque, se los llame como se los llame, perejiles los hubo, los hay y los habrá siempre.

Buenos Aires, 7 de septiembre de 2013

H. DANIEL ANTONIOTTI
Académico de número
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”